

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

textos y documentos

Número 197

Valencia, 17 de Agosto de 1937

María Carbonell, 2

El incidente de los periodistas alemanes

Es inútil que los hombres que dirigen Inglaterra pretendan vivir en paz con Alemania. A despecho de sus esfuerzos, la realidad les llevará a fracasos crueles. Es posible que los intereses materiales puedan ser armonizados, aunque ello es difícil. Pero por encima de los números y de los tonelajes, estarán siempre, a la larga, las psicologías colectivas.

El incidente revelador y sintomático de los periodistas, arroja luz clarísima sobre el problema de las diferencias anglogermánicas. Dos pueblos y dos mentalidades y dos actitudes, se han afrontado en unas medidas de gobierno y unos editoriales redactados con mesura y tacto. La divergencia es fundamental. E irremediable. Jamás un británico auténtico podrá comprender a un alemán, cuando éste se envuelve apretadamente en su alemanismo y se olvida de que Alemania está dentro de Europa...

Por indicaciones del Scotland Yard, tres corresponsales de periódicos berlineses, que vivían en Londres, fueron invitados a salir de Inglaterra. ¿La causa? Que se dedicaban a actividades muy ajenas a su profesión oficial, vigilaban a aquellos alemanes de significación, residentes en la Gran Bretaña, que no eran nazis y mandaban a la Gestapo noticias detalladas de sus hechos y dichos. Pero, además, extendían la vigilancia al mundo político inglés, y ejercían el alto y el bajo espionaje, con la pertinacia y meticulosidad propias del carácter de la raza germana. Les ayudaban en sus trabajos otros periodistas, teutones asimismo y compatriotas que desempeñaban oficios varios.

Y por cierto que el Scotland Yard no hubiera sabido nada a no haber acudido a sus oficinas algunos alemanes antifascistas para quejarse de la conducta de los corresponsales en cuestión, que les hacía vivir en sobresalto continuo...

¿Cómo respondió el Gobierno de Berlín? Sensiblemente, expulsando al corresponsal del «Times», que llevaba muchos años en Alemania, y dirigiéndose al gran diario londinense, de un modo ofensivo, para exigirle que el nuevo corresponsal que nombrara, basase sus informaciones en las notas de la Cancillería y no en las noticias que pudiera recoger públicamente. En la Alemania de Hitler no puede haber más verdad que la oficial...

Estudiemos brevemente el doble caso. Nos llamamos, primeramente, con unos alemanes que viven del periodismo, que escriben para el público de lengua germánica y que, sin embargo, no tuvieron el reparo más mínimo en aceptar, por cuen-

ta de la policía política de su país, el papel bochornoso de espías y denunciadores. Traicionaban a aquellos de sus connacionales que se fiaban de su honradez aparente y faltaban a la hospitalidad que recibían del pueblo británico, entregándose en su daño a espionajes personales y colectivos. Se portaban, en suma, como unos miserables.

¿La reacción del Estado alemán, ante la expulsión de esos indeseables? Ya se ha visto. Expulsa a su vez al corresponsal del «Times». No puede acusarle de ejercer villanos oficios. Es un gentleman. La Asociación de la Prensa Extranjera de Berlín le hizo su presidente. Pero ese profesional no es capaz de mentir. Con toda prudencia, con toda mesura, refleja en sus crónicas y telegramas la realidad que ve, oye y palpa. Y sobre todo, ha seguido cuidadosamente los episodios del drama de la persecución religiosa. Su periódico le tenía en Berlín para que fuese un espectador atento y un veraz informador. Era ambas cosas...

El inglés medio no concibe que un periodista, delegado por un diario o revista de solvencia, vaya a una nación y se dedique en ella a las ruines actividades del espionaje. Tampoco admite que un corresponsal engañe a sus lectores, ofreciéndoles, en vez de la verdad, la mentira de unas notas oficiosas. Tiene del periodismo, que es, que debe ser, por lo menos, libertad, veracidad, responsabilidad y crítica, un concepto muy elevado. Por algo la Prensa británica es todavía, pese a las desmoralizadoras presiones del capitalismo y a las violentas unificaciones de los trusts, una de las más honradas y prestigiosas del mundo.

Si Alemania hubiera expulsado a tres periodistas ingleses, no por contar lo que vieran, sino por dedicarse al espionaje, esos periodistas, al llegar a Londres, habrían sido juzgados por sus compañeros, arrojados de la profesión y condenados a la muerte civil. En cambio, los tres periodistas alemanes expulsados de Inglaterra, fueron recibidos en Berlín casi como héroes y sin casi como mártires. Padecieron por Germania y por el «führer». Son beneméritos de la patria y de la cruz gamada.

¿Y van a entenderse dos pueblos tan distintos? Por mucho que trabaje Neville Chamberlain, por mucho que presione la City, llegará un momento en que todo será inútil...

FABIAN VIDAL

(Escrito expresamente para el SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN.)

El "Caudillo" pide silencio

No callarán las mujeres. Son las que se han quedado sin marido, sin hijo. Son las que se han quedado solas a toque de tambor. Las mujeres españolas, siempre vestidas de negro —se diría que adivinas de una tragedia que habría de enlutar sus vidas— representan un peligro en el paraíso fascista. Por lo pronto no han mordido la manzana simbólica que para ellas trajo Franco desde

la campaña italiana. No se rendirán. El despecto del «caudillo» parece haber dictado esta frase rotunda y significativa que publicó el 29 de julio «El Faro de Ceuta»: «Mujer española: no hables más que de las labores propias de tu sexo.» Sobre todo —les faltó añadir—, no mientes la política. Tú a lo tuyo y en paz. Franco a la suya, y en guerra.

En España, las «labores propias de su sexo» no fueron nunca tales, sino su labor, su única labor —domestica, carosa y pespunte— propia de su apocamiento. Cuando ya la mujer parecía dar fin a su quehacer infinito, otra vez se la condenaba al encierro, a la esclavitud. Que baje la cabeza y cosa. Eso se quiere. Que devane pacientemente el ovillo de su sumisión. Que olvide.

Para los generales fascistas, cualquier ruido es el eco de su traición. Para los generales sin honor, cualquier «tin» es el tintineo de las monedas por que vendieron su Patria. Tienen la mosca —zumbido de conciencia, zumbido de trimotores, vértigo de fracaso— detrás de sus orejas afiladas y peludas, orejas al paso, al trote y al galope, según el capricho del jinete de turno: alemán, italiano, portugués o rifeño. Ténganse la lengua las viudas, las huérfanas, las madres. Vuélvanse, como remedio, de espaldas al ejér-

“SI SE estudia con serenidad la

secuela de nuestro movimiento de reivindicación nacional, comprenderemos sin dificultades que México, el México que la revolución ha cons-

truido, tenía que escuchar en su propio seno el eco del cañón asesino y la voz de sus hermanos españoles reclamando manos fraternales”

(Léase en la página tercera “México en España”)

Y si no puede olvidar, si sus ojos no ven sino moros crispados, si sus oídos no cesan de repetir el lúgubre silbido de los tiros, por lo menos que su boca no grite; así se hará la calma, se enredará la madeja del recuerdo y, diluidas las responsabilidades, cada cual en su casa y Franco en la de todos.

“La mujer cristiana, en sus esparcimientos no murmura en perjuicio de su Patria” —añade, como reconvencción y aviso, “El Faro de Ceuta” del mismo día—. Otra advertencia —mal debe de andar el generalísimo, que ya no es general, en la España que ya no es España— para que se haga el silencio en torno del crimen. Algo más que murmurar hizo Franco en perjuicio de su Patria. O si murmuró, lo hizo en cuatro idiomas. Al oído de Hitler, al oído de Mussolini... Levantó el brazo, hizo señas a los enemigos de su Patria, a los moros enemigos de su religión. Pero todo esto —todo cuanto constituye su traición— debe pasar, es preciso que pase, inadvertido. La mujer cristiana —sepa coser o no, sepa leer o no— lo que no debe, por lo pronto, es hablar; lo que la está prohibido terminantemente por orden de la autoridad superior humana es el don divino de la palabra. “Al que madruga, Dios le ayuda.” Al que murmura le castiga el generalísimo en figura de Lucifer. Y si es moza la que se levanta con el alba, habrá de tener buen cuidado en hacerse la dormida o por lo menos la ciega, la sorda, la tonta y la muda sin remedio. De lo contrario, podría hablar, podría acusar...

En el imperio sigiloso que desean establecer los militares sublevados, todo depende de una sola palabra: tal es la extrema debilidad del poder de tan temerosos caudillos. Las mujeres, a coser y a la cama. A coser sin cantar. A dormir, si es que no sueñan en voz alta.

Para los generales fascistas, cualquier ruido es el eco de su traición. Para los generales sin honor, cualquier «tin» es el tintineo de las monedas por que vendieron su Patria. Tienen la mosca —zumbido de conciencia, zumbido de trimotores, vértigo de fracaso— detrás de sus orejas afiladas y peludas, orejas al paso, al trote y al galope, según el capricho del jinete de turno: alemán, italiano, portugués o rifeño. Ténganse la lengua las viudas, las huérfanas, las madres. Vuélvanse, como remedio, de espaldas al ejér-

cito invasor, las que sientan su corazón dolorido. Para siempre de espaldas a la tropa infame ya están, de bruce contra la tierra en que cayeron, los hombres que, a juicio del general, hablaron denfasiado, que dijeron lo justo.

“El caudillo cumple lo que promete; aún hace más de lo que promete”, dice también —o amenaza—, “El Faro de Ceuta” del día 29. Y así es. Sobre pasadas su promesa solemne de lealtad, el generalísimo dió en traidor. Eso se le antojaba poco. El caudillo dió en hacer traiciones fuera de programa. La algarabía de protestas quedó pronto sofocada por medio del terror. Por su capricho fué España la patria de las viudas. A la fuerza, ahora, quiere impedir el grito y el llanto de las mujeres enlutadas que giran cogidas de la mano haciendo corro alrededor de su figura.

Franco manda callar. Tiene miedo al escándalo, al griterío, a que alguien le cante, o le cuente, las verdades. El tirano pone un dedo sobre sus labios y atiende aquí y allí soliviantado. Por todas partes se imagina, y con razón, que ha de llegar, de puntillas o en tropel, quien dé con él y con su Estado, en tierra. Ordena el silencio, y por si el silencio, es poco, se adelanta a firmar un decreto (4 de agosto, Salamanca 1937), en el que se afirma que “el general Franco personifica la autoridad absoluta, no siendo responsable sino ante Dios y la Historia” (“Nation Belge”, 8-VIII-37).

No será así, por fortuna, y él —el propio y absoluto generalísimo, que ya se ampara en los Tribunales inapelables de los derrotados— habrá de responder, una a una —sin excusa que le valga ni decreto que le absuelva— a las preguntas de las mujeres victoriosas que habrán recobrado, con la voz perdida, los derechos de su sexo y de su ciudadanía.

En la página siguiente:

¿Dónde está la víctima?

Por W. N. EWER

¿Dónde está la víctima?

Por W. N. EWER

Maquiavelo es uno de los héroes de Mussolini. Y en estos días, Mussolini está jugando a Maquiavelo, un poco torpe e ingenuamente; pero con posibilidad de éxito, a menos que sus futuras víctimas estén vigilantes.

Trata, por segunda vez en pocos meses, de llevar al Gobierno británico a negociaciones en el curso de las cuales se propone sustraer algo de sus bolsillos diplomáticos.

El juego empezó en 28 de julio, después de unas semanas de cuidadosa preparación. La preparación consistió en una hábil mezcla de rumores alarmantes y seguridades pacíficas diestramente ideadas para que en Downin Street se sintiera ansiedad y esperanza; ansiedad por si Italia, de repente, se enfurecía; esperanza, porque pudiera ser que el «duce», realmente, quisiera —como aseguró a George Lansbury—, sentarse a la misma mesa que el Gobierno británico.

El Conde Grandi abrió el juego. Al marcharse de vacaciones, pidió ver a Mr. Chamberlain, a quien no había visto desde su exaltación a Primer Ministro.

El Conde Grandi fué a ver al Primer Ministro. El Conde Grandi llevó consigo un mensaje de caluroso saludo del «duce»: un saludo al hermano de Sir Austen, de un amigo de Sir Austen.

El Conde Grandi deseaba saber si Mr. Chamberlain enviaría a su vez una misiva al amigo de su difunto hermano: quizá una carta personal. Mr. Chamberlain accedió. ¿Por qué no? Es grato que los Primeros Ministros mantengan relaciones cordiales. Y Mussolini había sido el amigo de Sir Austen.

El Conde Grandi marchó, con una carta particular en el bolsillo. Veinticuatro horas después, Roma difundió por todo el mundo la noticia.

El Primer Ministro británico, decía Roma, ha escrito al «duce» pidiendo y ofreciéndole reconciliación, proponiendo conversaciones inmediatas y haciendo propuestas concretas. El «duce» ha contestado satisfactoriamente.

«Un intercambio muy importante de cartas» —dijo el Conde Ciano, en una «interview» a una agencia americana, de la que la Embajada italiana, rápidamente y de manera un tanto irregular, envió en seguida copia a toda la Prensa británica.

«El camino está expedito para permitir un examen de los medios de restaurar las relaciones entre Inglaterra e Italia sobre un plano de amistad tradicional», dijo Ciano.

Rumores suplementarios forjaron la historia. Se habían acordado los puntos de discusión: Estatuto de Abisinia, evacuación de Mallorca, seguridad mediterránea, un nuevo Locarno, etc. Eden debía ir a Roma para ver a Mussolini. Ciano debía venir a Escocia para ver a Chamberlain.

El Foreign Office, desconcertado, echó agua fría sobre los rumores; pero muy suavemente, sin querer ofender: contento de una mejora del ambiente.

¿Y si se empezase un examen de los medios y maneras? —preguntó Roma.

Londres contestó con mucho tacto que quizá sería mejor hacerlo en Roma; pero Sir Eric Drummond estaba camino de Inglaterra, con licencia de seis semanas. Era difícil hacer nada, por lo menos hasta fin de septiembre. La Prensa italiana anunció alegremente que el Foreign Office había propuesto negociaciones en Roma para últimos de septiembre.

Así, pues, deliberada y muy diestramente, el Gobierno italiano ha creado (de la nada), la apariencia de una gran reconciliación anglo-italiana, y de importantes conversaciones entre ambos países, con toda clase de posibilidades inherentes a ellas.

¿De qué se trata? ¿Cuál es el juego?

Recuérdese (es curioso cómo se olvidan estas cosas) que el mismo juego se ha hecho ya antes.

De manera muy parecida, el Gobierno británico fué llevado en el invierno último a unas conversaciones amistosas, a una «reconciliación» anunciada a bombo y platillo, y a un «gentleman's agreement» insensato sobre el Mediterráneo.

Durante esas semanas de reconciliación, el «duce» obtuvo dos cosas que necesitaba imperiosamente. En diciembre, fué retirada de Addis Abeba la Legación británica y de hecho se reconoció la conquista de Abisinia. En enero, el Foreign Office se hizo el ciego ante la invasión italiana en España, que se pensaba acabaría la guerra civil con un golpe decisivo.

La desilusión seguía los pasos al éxito. De hecho, el reconocimiento fué anulado por la invitación de Haile Selassie como emperador «de jure» a las fiestas de la Coronación. Las legiones fascistas marcharon, no a la victoria, sino a Brihuega. El doble golpe sumió al «duce» en un acceso de cólera.

La reconciliación, el «gentleman's agreement», y todo lo demás, se desvaneció con más rapidez que había venido. La Prensa italiana criticó en tono desconsiderado a la Gran Bretaña; la Coronación fué boicoteada por la familia real italiana; se hicieron demostraciones militares en Lidia. Las relaciones anglo-italianas eran peores que nunca.

Ahora, de repente, Mussolini quiere, efusiva, pública y ostensiblemente, hacer de nuevo las paces con Inglaterra. ¿Cuál es el juego esta vez? ¿Qué quiere a cambio de una reconciliación que durará hasta que la cólera o el cálculo le decida a terminar con ella? Una cosa está clara: el reconocimiento «de jure» de la conquista de Abisinia. Este, por su prestigio y como recompensa a su vanidad. La negativa le irrita terriblemente: la considera una afrenta personal. Quiere celebrar el 2.000 aniversario del fundador del Primer Imperio romano con el reconocimiento de la fundación del segundo.

El sabe que el Gobierno británico (y aún más el Gobierno francés), está mal dispuesto. Pero si puede crear la impresión de que el reconocimiento haría posible un gran avance hacia el apaciguamiento de Europa y hacia la seguridad de la ruta mediterránea, ¿no se decidirían los conservadores ingleses y el sentido común inglés a unirse (obligando a Francia a hacer lo propio), ya que tal París bien valdría tal misa?

Eso está claro; pero la última vez también se trató de España. ¿Y ahora? ¿Espera apaciguar el miedo que produciría una victoria de Franco, aliado de una Italia hostil dominando los Estrechos? Si se supusiera a Italia un amigo y un aliado, ¿necesitarían los conservadores ingleses inquietarse por que ganase el protegido de Italia más que porque gane el protegido de Rusia? ¿No sería preferible un gran esfuerzo para terminar el asunto?

Existen en la Prensa italiana indicios de que tales pensamientos no son extraños al «duce».

No cabe duda de que hay otros factores también. Convendría mucho a la política italiana demostrar a Herr Hitler que la alianza con Alemania no le es indispensable, que si ella escoge, la Italia fascista puede encontrar amigos poderosos en todas partes. Satisface la insaciable vanidad del «duce» decir al mundo que el Gobierno británico implora su buena voluntad.

Pero la experiencia pasada es bastante concluyente. El «duce» se muestra efusivo y amistoso, porque quiere algo a cambio de nada. Es un Maquiavelo demasiado ingenuo. Seguramente, incluso el Foreign Office se dará cuenta de la idea y se avergonzará por segunda vez.

(De «Daily Herald», 11-VIII-37.)

Hitler es Dios, y Ludendorff, su profeta

MUNICH.—En Tutzing, donde veranea Ludendorff, se han reunido unos 300 miembros de la «Liga para el Reconocimiento del Dios Alemán». El general Ludendorff es, como se sabe, el jefe del nuevo credo.

La convención ha discutido la futura política que ha de inspirar a la Liga, así como lo que se refiere a la propaganda de sus dogmas, dogmas que el general Ludendorff aspira que sean aceptados por toda la nación, como la religión oficial de Alemania.

La Liga se propone combatir el catolicismo, la francmasonería y el judaísmo, lo mismo que a las «fuerzas supernacionales enemigas de Alemania».

Prohibe también el uso de bebidas alcohólicas y de estimulantes, por considerar que perjudican el vigor alemán. Propugna el reconocimiento de una deidad alemana, por la conducta de la vida basada en la ciencia moderna, el amor a la naturaleza y características raciales alemanas.

El general y su esposa dirigieron la palabra a los reunidos, que se congregaron secretamente en la sala de una hostería que lleva el nombre de un monasterio católico cercano, famoso por la buena cerveza que fabrican sus monjes. Casi todos los puntos discutidos trataban del programa de la educación en las escuelas nazis.

pardas, y en Italia los «camisas negras», cepillo en mano, a pedir para mil y pico de necesidades que todos los Estados decorosos costean por sí mismos. Y ¡ay del proletario o del mesócrata, aunque sean parados forzados, que nieguen un penique o media lira a la arrogantisíma señora de Goering o a la intrigante cónyuge del conde de Ciano y heredera de Mussolini!

Con estas cuestiones y con la implantación del plato único y de otras restricciones semejantes, que hacen pagar a los pobres lo que jamás gozaron, mitigan, en pequeña parte, sus apuros los Estados totalitarios, mientras llega la inevitable bancarrota. Era lógico que los facciosos españoles, que todo lo imitan servilmente de sus amos de Roma y de Berlín, copiaran de éstos los procedimientos de picaro que les sirven para acrecentar el hambre del pueblo.

Pero lo que en Alemania y en Roma es ya insoportable, en la zona de Burgos es irritante e inícuo. Hemos tenido la paciencia de ir anotando las suscripciones públicas, presuntamente voluntarias, en realidad alcabalas cobradas bajo pena de prisión o confinamiento que, por iniciativa directa de quienes detentan el Poder, están abiertas en territorio rebelde.

Se empezó por una, que se intitulaba «suscripción nacional», y era un plagio —¡no faltaba otra cosa!— de la que impuso Mussolini a sus desventurados súbditos para sonsacarles el oro y la plata que guardasen y trocarlos por las bombas incendiarias y la iperita que habían de exterminar a millares de abisinios.

Esta «suscripción nacional» le falló a Franco y sus satélites. Por cada gramo de oro y plata que se entrega, cae sobre los centros oficiales una arborescencia de billetes falsos estampados para Burgos en Alemania. Las familias de aristócratas y de generales no se desprenden de una sola alhaja. Las necesitan para ostentárselas en sus fiestas, que siguen siendo entre la horrible miseria general, tan espléndidas como siempre. Ante la vista tenemos la descripción periodística de una de estas fiestas, celebrada en el Palacio de Pedrola (Zaragoza), para celebrar... el bautizo del primogénito de los duques de Luna. Dos columnas repletas de prosa altisonante consagra el revistero al acontecimiento, en el que estuvieron presentes hasta cuarenta y ocho títulos nobiliarios más doscientos aspirantes al blasón. Ex camareras de palacio, ex ayas o ex dueñas de las reales infantas y ex ministros de la monarquía.

Terminada la ceremonia religiosa —cuenta el revistero— «volvieron todos a los salones de la casa ducal, donde se sirvió un delicado y espléndido banquete».

No les queda dinero a los duques y a los marqueses para la «suscripción nacional», y ésta, como las restantes, gravita sobre obreros, funcionarios y empleados particulares. En las colectas públicas, las mujeres de los poderosos piden, hacién-

doles inmenso honor, a los pobres, pero ellas no dan. El 24 de julio se colocaron en Zaragoza quince mesas petitorias. Todas estaban presididas por damas acaudaladas.

La mesa que más recaudó fueron 655 pesetas. Cualquiera de las petitorias podía holgadamente haber duplicado esta suma.

Pero, ahorrando reflexiones, vamos a enumerar las suscripciones abiertas en la zona rebelde.

Suscripción nacional:
Para el acorazado «España».
Para el templo del Pilar.
Para el Asilo de Caridad.
Para los refugiados.
Para reeducación de inválidos.
Subsidio de los movilizados.
Subsidio del combatiente.
Para hospitales de sangre.
Para hospitales de retaguardia.
Para hospitales moros.
Para el vestuario del frente.
Para reconstruir los puentes de Bilbao.
Para el Auxilio Social.
Para los Comedores de Caridad.
Para los Comedores Nacionalesindicalistas.
Homenaje de la retaguardia al frente.
Para las «Lecturas del Soldado».
Para «El Descanso del Soldado».
Para el teatro de campaña.
Para el Patronato Antituberculoso.

Para el Mausoleo a Mola.
Para un bastón de mando a Queipo de Llano.
Para los soldados heridos.
Para las iglesias de Madrid.

Podría parecer que había error de copia al advertir que el título y el fin de algunas de estas suscripciones son idénticos. Pero, no. Todas son distintas, y la duplicidad hay que achacarla a que es el sedicente Gobierno el que se incauta de todo lo recaudado y utiliza diversas socialinas para recoger cuanto pueda. Después lo distribuirá como le plazca.

A estas veinticinco suscripciones hay que añadir otros expedientes para extraer dinero del pueblo explotado: el plato único, que ya es semanal, y el también hebdomadario día sin postre. Y, de contera, a todos los funcionarios públicos se les descuenta mensualmente un día de haber.

Mientras a los hijos de los forzosos donantes se les conduce, entre pistolas, al frente, y los duques de Luna y trescientos parásitos más, bailan, oyen misa y comen luculentamente para celebrar el bautizo de una «nobre criatura»...

RAMON DE URBISTONDO

(De «Adelante». — Valencia, 14 de agosto de 1937.)

La justicia social de los traidores

Mientras los duques celebran fiestas espléndidas, cien tributos desangran el salario de los trabajadores

¿Cómo viven los obreros y la clase media en la zona facciosa? Aunque la bárbara dictadura franquista, secundada por la Gestapo y la O. V. R. A., reprima cruelmente todo conato de protesta; aunque la asfixiante censura periodística raya en la prensa fascista cuanto puede ser

un indicio de la horrible situación económica, un solo capítulo, el de las innumerables suscripciones públicas, descubre la verdad.

En todos los países sojuzgados por el fascismo, los trabajadores, intelectuales y manuales, sobre ver miserablemente remunerado su es-

fuerzo, sufren un sin fin de mutilaciones en sus exiguos salarios. Los tributos, leves para los potentados, abruma, estrujan y agobian a los humildes. Como estos gravámenes son insuficientes, el Estado apela a la mendicidad en la vía pública, y salen, en Alemania, los «camisas

MEXICO EN ESPAÑA

Discursos pronunciados por José Mincisidor y Alvarez del Vayo en el Teatro Principal de Valencia

El día 15 se celebró en el Teatro Principal un acto organizado por la Delegación de Artistas y Escritores revolucionarios de México, en colaboración con la Alianza de Intelectuales españoles para la Defensa de la Cultura. En el escenario figuraban dos retratos de grandes dimensiones de los presidentes de ambas Repúblicas y, entre ellos, las banderas mexicana y española, entrelazadas.

Se inicia el acto con la interpretación, por la Orquesta Sinfónica de Valencia, del Himno de Riego. El

"México en España,"

Camaradas: Hablar de «México en España», tomando como axiomática la suposición de que ser mexicano es ser español, esto es, de que ser mexicano significa sentir y padecer el proceso creador del pueblo de España, sólo por el simple hecho de haber nacido mexicano, es un error. Lejos y cerca de nuestras fronteras, dentro y fuera de nuestra geografía nacional, hay mexicanos fieles a nuestro pueblo, de la misma manera que existen también quienes no recuerdan a México más que cuando este nombre limpio por el esfuerzo popular puede ser el salvoconducto que ha de dejar impunes todas sus infamias.

Particularmente, muchos de los que a distancia de nuestras costas han olvidado hasta que nuestro país comienza en el Bravo y termina en el Suchiate, emigraron de allá, se expatriaron por propia voluntad cuando nuestro pueblo, cansado de su oprobiosa y secular esclavitud, conquistaba su incipiente libertad con el sacrificio de su sangre y el dolor de su carne.

Vosotros, camaradas españoles, conocéis el espectáculo: los señoritos, los hijos de familias acomodadas; las niñas que soñaban con un título nobiliario, pensando siempre en el antepasado enriquecido en nuestros campos de conquista y premiado a bajo precio, con un don que exornaba el nombre envilecido con anterioridad en el robo y el despojo; las viejas beatas que habían entregado su alma —y su cuerpo también— al cura y al sacristán y los viejos decrepitos, que como sus mismos retoños, huían de nuestro México avergonzados de un pueblo que, más digno que ellos, comenzaba a trazar por campos y ciudades el perfil de un México nuevo, de un México mejor y más humano, con que, por siglos enteros, habían soñado los hijos verdaderos de nuestra Patria.

Por este anhelo se venía peleando en México desde 1810... La contienda, en realidad, no era nueva. Era únicamente la continuación de un drama interrumpido por Iturbide en 1821. Porque lo que ha dado en llamarse la Independencia política de México no es, en el fondo, más que la confabulación de las capas dominantes de la Colonia, con el caudillo militar que mejor habría de servir a sus intereses.

Vuestra historia, camaradas españoles, es tan nuestra, que no habría acto de ella que no hubiera tenido un eco y dejado una huella en nuestro corazón y en nuestras almas. Recordemos, entonces, algunos de sus detalles. Evoquemos un poco el pasado, aunque no sea más que para fijar, a grandes rasgos, la relación de vuestra historia con nuestra vida.

Vosotros, como en esta ocasión, pasabais por una dura prueba. Napoleón invadía vuestro territorio, mientras Madrid, el inmortal Ma-

drid, puesto en pie, lo escuchaba y ovaciona largamente. A continuación, dirigidos por el maestro Silvestre Revueltas, director de la Sinfónica mexicana, los profesores de la Orquesta interpretan las composiciones «Jauitzon» y «Campesinos», esta última original de Reyueltas. Una ovación prolongadísima premia la interpretación de las aludidas obras musicales.

Seguidamente, el escritor mexicano José Mincisidor pronuncia la siguiente conferencia sobre el tema

drid, como ahora también, escribía con su arrojo páginas brillantes para el mañana. Y los sucesos que en la metrópoli se desarrollaban, repercutían en las colonias deseadas de acabar con sus tres siglos de servidumbre. Una de esas colonias se llamaba NUEVA ESPAÑA. Una NUEVA ESPAÑA en la que, además del factor español, intervenía el indio de espíritu indomable, capaz de crear él mismo y por sí solo, una cultura y una civilización...

En un pueblecillo del interior de lo que hoy es la República mexicana, un cura humilde lanzaba el reto a los opresores. (Conviene aclarar que en todos los órdenes de la vida colonial, el bajo clero sentía gravitar sobre sus espaldas el insustentable esplendor de los grandes dignatarios de la iglesia.) Alrededor de aquel humilde cura, inquietado ya por las doctrinas filosóficas de los pensadores del siglo XVIII, se agrupaba un pueblo entero que, sin idea precisa del contenido político de lo que se perseguía, daba gritos de júbilo por la libertad al mismo tiempo que lo hacía por Fernando VII. Sin embargo, el caso no era tan explicable: Fernando VII, víctima de su propia cobardía, permanecía prisionero de Napoleón, ocupado en hacer la felicidad de los españoles en forma semejante a esta en que el fascismo lo intenta ahora.

De esta manera, bajo la apariencia de defender la legitimidad de un rey odiado como pocos, el pueblo de la Nueva España se levantaba para conquistar en realidad el pan, su independencia, el derecho a existir.

La lucha fué cruenta. Los primeros libertadores fueron cayendo uno a uno, pero no sin que antes, por boca de otro cura humilde —José María Morelos— dejara de hablarse ya de la edificación de nuestra nacionalidad y de la reivindicación de la tierra para quienes verdaderamente la trabajasen. De este postulado, de esta base teórica arranca el movimiento revolucionario de México, de que tanto se ha hablado por el mundo.

Todo parecía perdido para nuestro pueblo. Sólo en algunos lugares luchadores irreductibles mantenían el fuego de la rebelión. A ellos llegó un día el eco de un nombre desconocido. La Historia consigna que Francisco Javier Mina, español enemigo de la tiranía de Fernando VII, se levantaba en contra de éste, allá en donde la libertad de un pueblo reclamaba su presencia. (En esta actitud me parece ver reflejada la de los antifascistas italianos y alemanes que en tierra de España luchan en contra de Hitler y Mussolini por la libertad humana).

Mas el paso de Mina fué cortado. Los servidores del absolutismo no podían perdonarlo y, prisionero y desarmado, supo de la infamia de ser golpeado por quienes jamás pu-

dieron derrotarlo en el campo de batalla...

De todos modos, Mina descubrió a los ojos de nuestro pueblo, que existía otra España víctima también de la opresión y la maldad de nuestros propios opresores.

Después de la caída de Mina todo parece terminado. Solamente en las abruptas montañas del Sur, Guerrero, el indomable Guerrero, mantiene vivo el sentimiento de redención.

Es de España misma de donde habrán de tomarse los elementos necesarios para realizar lo que se llama nuestra Independencia Nacional. El pueblo español lucha en contra del absolutismo de Fernando VII y éste, obligado por la presión popular, se ve constreñido a aceptar el retorno a la constitución de 1812, que señalaba un paso de avance frente al absolutismo reinante. (Quiero subrayar este hecho, porque él denuncia, con fuerza abrumadora, cómo para las capas dominantes del pasado y las del presente en el mundo burgués, el concepto de Patria está reñido por completo con el afán de conservación de los intereses que representan.)

Es así como las clases directoras de la antigua Nueva España piensan en que la implantación de este Estatuto llevará a las capas explotadas de la colonia, el conocimiento de ciertos derechos que ellas no estaban dispuestas a concederles. De estos acontecimientos históricos en España arranca nuestra Independencia. Las clases directoras coloniales buscan un caudillo que, realizando la emancipación política de la Nueva España, mantenga en pie sus privilegios. Y escogen a Iturbide. A Iturbide, que ha sido un enemigo implacable de los viejos libertadores y que por una necesidad de las capas dominantes, se ve convertido en el libertador de nuestra nacionalidad.

Pronto el pueblo del naciente México se convence de que sus condiciones de vida no han cambiado, y entabla luchas que se prolongan hasta nuestros días para lograr transformarlas.

La de los republicanos en contra de los anarquistas; la de los federalistas en contra de los centralistas; la de los liberales en contra de los conservadores, no son más que actos de una única tragedia escrita por el heroísmo y la inquebrantable voluntad de un pueblo para crearse una vida propia.

Lo que ha dado en llamarse en nuestros días la «Revolución Mexicana» es un nuevo acto de esta tragedia que habrá de concluir —de eso sí estamos perfectamente seguros— con la consecución de nuestros objetivos.

Si nos asomamos, aunque sea para echar una mirada rápida, al México que precedió al movimiento de 1910, tropezaremos con un país encadenado por la feroz dictadura de Porfirio Díaz. Yo recuerdo, como muy niño aún, veía pasar las cuerdas de enganchados por el Valle Nacional. Las tenebrosas mazmorras del Castillo de San Juan de Ulúa y las prisiones de Veracruz, en donde los seres humanos eran sepultados en vida por sus ideas y sus esfuerzos en favor de nuestra emancipación. ¡Pobre recurso de todos los tiranos para encadenar el pensamiento humano!

Las masas obreras habían sido entregadas, atadas de pies y manos, a la voracidad imperialista y la tierra permanecía acaparada por unos cuantos señores feudales, mientras

la enorme población campesina, languidecía en una servidumbre que apenas se diferenciaba de aquella de la época de la Colonia. Para dar una ligera idea de lo que en México significaba la miseria del campesino, basta decir que sólo el poder de un dos por ciento —aproximadamente— de detentadores de la riqueza pública, se repartían un noventa por ciento de la propiedad rural. A esto hay que agregar las inhumanas jornadas de trabajo; el látigo de administradores y capataces; las tiendas de raya en donde los trabajadores eran vendidos a generación en generación y las represiones en contra de los indios, como aquellas de Tomochic, Papantla y Acayucan.

La Revolución ha acabado, en ciertos aspectos, con esta condición feudal. Ha iniciado una etapa de reintegración nacional y ha organizado un régimen democrático-liberal con tendencias socializantes. Base de esta edificación son los postulados 27 y 124 de nuestra Carta Fundamental. El primero se refiere a la nacionalización de nuestro suelo; el segundo, a las cuestiones del trabajo.

Hay que hacer constar para quienes desconocen por completo el proceso y el alcance de nuestra Revolución —y por ello la subestiman o la sobreestiman—, que ella mantiene una franca posición antiimperialista y luchan, además, en contra de la burguesía nacional, cómplice y servidora del imperialismo internacional.

Bajo este ángulo de observación, si quisiera establecerse una comparación rígida de lo que en México hemos realizado con lo conseguido por la Revolución rusa, se caería en un error que acusa carencia de base política y falta de sentido dialéctico. Sólo la Revolución rusa ha creado un verdadero estado proletario; sólo el Gobierno de los soviets ha logrado sentar los cimientos de una nueva humanidad y sólo él ha podido trazar los lineamientos precisos de una rica existencia. Pero colocados en la geografía de los pueblos americanos, de pie en nuestra realidad económico-político-social, es fácil comprender que ante el proceso histórico de aquellos pueblos, México ha echado a andar desde hace años, el reloj de la historia.

Para dar mayor fuerza a mi aserto, me referiré a las palabras de Earl Browder, secretario general del Partido Comunista norteamericano y miembro del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, durante el pleno del Partido Comunista de México en días pasados. El decía: «Constituye un inmenso placer para nosotros en los Estados Unidos, contemplar al pueblo mexicano organizando cada vez más sus fuerzas, haciendo retroceder día a día a las fuerzas reaccionarias; haciendo evidente su independencia nacional y convirtiéndose en guía de todos los pueblos latinoamericanos; realizando constantemente los grandes objetivos de su Revolución nacional expresados en su Constitución. Nos regocijamos al contemplar medidas tales como el reparto de tierras a los campesinos. Nos alegramos al verlo rescatar sus ferrocarriles de una vez, y para siempre, de manos de los imperialistas extranjeros. Nos llena de gusto mirarlo marchar paso a paso, hacia la posición y administración, uno después de otro, de sus grandes industrias, y de sus recursos nacionales. También tenemos nuestras propias razones —egoístas— al experimen-

tar esta alegría: un pueblo mexicano libre e independiente será una gran ayuda y un gran estímulo para que nosotros, en los Estados Unidos, arrebatemos nuestra libertad de manos de los monopolistas de Wall Street, quienes no solamente saquean a México, a Cuba y a toda la América latina, sino que también roban y oprimen al pueblo de los Estados Unidos, con la misma ferocidad.

Este, camaradas españoles, es el sentido histórico de la Revolución mexicana... Pero para continuar hablando de México urge decir, ante todo, que de los países americanos de habla española, él es uno de los que acusan una personalidad más vigorosa y mejor realizada. No ha bastado —o pudiera afirmarse que por ello mismo— la vecindad del imperialismo norteamericano para lograr aplastar lo que a nuestro pueblo, intrínsecamente, pertenece, como no fueron suficientes tres siglos de opresión ni de bestialidad destructiva de los encomenderos, para aniquilar la tradición espiritual de un pueblo que, poco a poco, ve surgir de las entrañas de la tierra lo que él creara con su propia entraña.

Bastaría pasar la frontera, viniendo del otro lado del Bravo para encontrar que allí, en las propias tierras del Norte, nace un país que ha forjado los contornos de su personalidad en su propia tragedia, transformada ya en motivos de alegría y de esperanza. Estos contornos se han precisado más después de la última etapa de nuestra Revolución. De ella han surgido nuevas formas de existencia y nuevas relaciones sociales entre los hombres. Los obreros se han organizado en la lucha por sus reivindicaciones, consiguiendo leyes que resguardan sus intereses; los campesinos han visto desenvolverse en su favor la política oficial agraria, ampliada ahora por el Gobierno del general Cárdenas con la colectivización de las tierras de Yucatán y La Laguna, arrebatadas a las fuerzas imperialistas, a las que combatimos.

La nacionalización de los ferrocarriles, entregados a los trabajadores, es un paso más hacia nuestra liberación.

En materia educacional, nuestro movimiento ha desvinculado, definitivamente, a la escuela de la iglesia. La lucha de los maestros en contra del clero no reconoce límites y no es raro encontrar en nuestros campos, entre la gloriosa masa de maestros rurales, trabajadores cuyas orejas han sido cercenadas por las hordas «cristeras» encabezadas por curas y salteadores, ayudados por la Iglesia.

Hay que hacer constar que nuestra Revolución, antes de la llegada del general Cárdenas al Poder, había entrado en un período de retroceso. Que algunos de sus caudillos la habían traicionado y que uno de ellos, el general Calles, fué arrojado de México por nuestro pueblo, que así castigó su deslealtad.

Corresponde —y esto hay que reconocerlo sin reservas mentales— al general Cárdenas el mérito de haber conseguido que la Revolución mexicana reiniciara su marcha. Bajo su administración se consigue la unificación de las centrales obreras; la presencia del Frente Popular, la legalidad del Partido Comunista y la libre circulación de su órgano de publicidad, «El Machete»; el aceleramiento en el reparto de las tierras; la resolución favorable al proletariado nacional en huelgas

(Continúa en la página siguiente.)

de gran significación por los intereses imperialistas que entrañan en juego; la reforma al artículo tercero constitucional implantando la enseñanza socialista; —término que merecería especial aclaración—; el impulso a la cultura popular; la protección a las organizaciones de intelectuales revolucionarios, como la Liga de Escritores y Artistas de México, así como otras reivindicaciones inmediatas para obreros y campesinos, cuya conciencia de clase —no hay que olvidarlo— ha despertado en el proceso de nuestra Revolución, en sus luchas y en sus experiencias.

Insistiré en expresar que, frente al panorama conservador y regresivo de los demás Gobiernos americanos, el Gobierno actual de México, como el de Colombia, tienen un carácter progresivo y liberal.

Este Gobierno cuenta, materialmente con gran respaldo de masas. Ante la agresión imperialista del exterior y la obstaculización de la burguesía nacional, el general Cárdenas ha logrado imprimir a su administración un carácter popular. Es por esto mismo, por ser un Gobierno que responde a los postulados de reintegración nacional de nuestra Revolución, por ser un Gobierno ligado a las masas populares nacionales y a las fuerzas organizadas del proletariado y el campesinado, por lo que este Gobierno ha sabido colocarse, obedeciendo la voluntad de nuestra nación, en el lugar que le corresponde frente a la criminal agresión de que ha sido y es víctima el gran pueblo de España.

Si se estudia con serenidad la secuela de nuestro movimiento de reivindicación nacional, comprendéremos, sin dificultades, que México, el México que la revolución ha construido, tenía que escuchar en su propio seno el eco del cañón asesino y la voz de sus hermanos españoles reclamando manos fraternales.

El gran escritor holandés Jef Last, que lucha aquí en España por la libertad del mundo, me decía: «Cuando en el mes de septiembre, en la Sierra, nosotros, los milicianos, no teníamos casi nada de armamento para defendernos, contra los fascistas, los primeros fusiles que recibimos fueron los fusiles mexicanos. Y con un fusil mexicano he disparado los primeros tiros. Nunca olvidaré nuestra alegría por esta primera prueba de solidaridad internacional.» Y estas armas, su alijo en los barcos y conducción al lugar de su embarque, trabajando horas extras, habían sido realizados por trabajadores mexicanos, sin aceptar jornal de ninguna clase, con el entusiasmo de saber que ellas salvarían a sus hermanos españoles y anhelando sólo, en esa hora dura de prueba, que la solidaridad internacional tuviera en México, revolucionario, un fuerte y firme eslabón.

Camaradas españoles: no hemos sido los últimos en venir a vuestra lado. Mas no reclamamos lugar de honor. Estamos contentos de nuestra actitud y convencidos de que, lógicamente, nos hemos superado en nuestro afán de seros útiles. Sabemos que otro gran pueblo —el de la Unión Soviética— os ha ayudado con mayor eficacia que nosotros. Esto nos enorgullece. Porque, como mexicanos que propugnamos un México mejor, y como revolucionarios que trabajamos por un mundo libre, nos sentimos conmovidos por el elevado ejemplo de ese gran país en cuyo porvenir tenemos puesta nuestra inmensa fe de luchadores.

Pero aún hay más. La Delegación mexicana que habla por mí conducho me ha encargado, de manera muy especial, manifieste aquí, como lo hago, nuestra reprobación, como mexicanos, a la labor de insidia que viene desarrollando en algunos sectores de la vida española, en contra de la Unión Soviética. Y que esta reprobación no tiene límites, cuando se pretende utilizar el limpio nombre de México en maniobras sucias y contrarrevolucionarias. Y que, si hay algún mexicano que las pruebe y en ellas tome parte, negamos que ese mexicano sea un hijo de nuestro México actual y mexicano honesto. Porque ser mexicano

auténtico y cabal en esta hora dramática de España —que es México y que es el mundo entero—, es hacer que el nombre de México pueda permanecer tan puro y limpio como nuestro pueblo nos lo ha entregado y como el de esta España que lo ha ennoblecido con la sangre, con el heroísmo y la dignidad de sus hijos...

Por lo que a nosotros hace, que es lo mismo que decir y por lo que al México revolucionario se refiere, aquel gesto de Míra cruzando el Atlántico para defender y lograr nuestra Independencia, hemos correspondido ahora enviando no solamente armas —que éstas tal vez no podíamos aportarlas con la eficacia que deseáramos—, sino el aliento de un pueblo hermano que sufre con vosotros y está plenamente convencido, por su propia experiencia, de vuestra victoria.

Desgraciadamente, las luchas de hoy no se ganan solamente con alientos y esperanzas. Mas estamos seguros también, de que la vitalidad y el espíritu creador de un pueblo no se extinguen jamás con obuses y metralla. Trescientos años de esclavitud no nos despojaron, sino que perfeccionaron los rasgos de nuestra fisonomía. De la misma manera, entre el incendio y el fuego de vuestros asesinos, surgirá, pasada la contienda, una España más grande y magnífica de las que tenga recuerdos el conocimiento de los hombres.

Antes de terminar, quisiera relataros un episodio, que dice, entre otros muchos, lo que el pueblo mexicano os ama. Era el día en que el Presidente de la República, acatando un mandato legal, estaba obligado a comparecer ante la representación nacional para rendir un informe del último año de su administración. Tiempo antes habían salido algunas armas para España. Las galerías, en el amplio local de la Cámara de Diputados, estaban congestionadas de trabajadores. En los palcos, los ministros de Italia y Alemania. En nuestro país, que como en todos los países de caudillaje, la política internacional se ha hecho a espaldas de los pueblos, los elementos reaccionarios abrigaban la certeza de que el general Cárdenas ocultaría a nuestro pueblo su actuación en derredor del conflicto español. Cuando el Presidente llegó al capitulo correspondiente, en su resumen, un silencio sepulcral reinaba en la sala. De pronto, el general Cárdenas, haciendo más reposada, pero a la vez más enérgica la voz, informaba a la Representación Nacional y a la gran masa de obreros reunida allí, de la ayuda que su Gobierno, en nombre del pueblo de México, había prestado a España.

Jamás un presidente en nuestro país —desde los tiempos del apóstol Madero— ha presenciado un júbilo mayor. La sala se estremecía por los aplausos y el general Cárdenas, por primera vez en nuestra historia, sabía que su Gobierno había de contar con el amor y la gratitud de un pueblo consciente y responsable de sus actos.

No obstante, esto no significa que el Gobierno actual de México sea perfecto. Hay todavía mucho que andar. Nuestra Revolución está limitada aún por lagunas difíciles de franquear y nuestra lucha en contra del imperialismo nos obliga a permanecer vigilantes y en guardia por la defensa de nuestros intereses. En esta intención y en este objetivo, los elementos revolucionarios mexicanos no cedemos lo más mínimo. Verdrán otros días terribles para nosotros; pero nos encontrarán, como hasta ahora, dispuestos a luchar y a vencer...

Camaradas españoles: he tratado, aunque tal vez sin lograrlo, realizar un análisis de lo que es México en estos instantes. De lo que ha conseguido en el campo de sus libertades y lo que significa como pueblo de choque con el imperialismo de alende el Bravo, en el panorama americano. Podéis creer que en nombre de este México, del que estamos orgullosos, porque es el resultado de nuestras fatigas y nuestros desvelos, os estoy hablando. Que es él, quien a través de nuestra organización,

os tiende la mano en gesta fraternal sobre las ondas del Atlántico.

Siempre que en casos como este he hablado, he dicho que nuestro pueblo no es una potencia militar. Que es muy relativo lo que os podemos ofrecer a este respecto. Pero que si en alguna forma el hombre significa algo como entidad destruyera y de victoria, el hombre en México es capaz de librar batallas tan grandes como esta que vosotros estáis librando.

Hemos luchado eternamente en circunstancias desventajosas y en contra de fuerzas muy superiores a las nuestras. Alguna vez en contra de vuestros propios opresores, los señores feudales; otras en contra del imperialismo del dólar; algunas más en contra del imperialismo francés. De todas estas luchas hemos salido desgarrados, pero siempre más fuertes y más dueños de nuestro destino histórico. Y es que, tras de cada derrota, hemos encontrado los elementos creadores de nuestra potencialidad y los elementos creadores de nuestra libertad.

Bien, camaradas españoles; esta personalidad y estos elementos creadores que en algo os corresponden, son vuestros. Son vuestros, en este momento histórico, porque tal es la imperiosa voluntad de nuestro pueblo, que es también el vuestro. Pero

no sería sincero si antes de concluir no os dijera, por encargo, de mi organización, que sólo una España unida, una España capaz de vencer todo asomo de discordia, responderá debidamente a lo que nosotros, como pueblo que os ama, ha hecho, hace y hará por vuestra causa. Que para ser español en estos instantes dolorosos, hay que matar en nuestro pensamiento y en nuestra actitud la mezquindad y la pequeñez. Que únicamente en la elevación de nuestras miras y en la dignidad de vivir encontraremos las esencias indispensables para integrar un buen español. Un buen español que responda al sacrificio de esta España vertical y única, en que vosotros y nosotros jugamos nuestro porvenir y lo que es más sagrado aún: el porvenir de nuestros hijos y de los hijos de nuestros hijos.

Una salva de aplausos cierra la admirable disertación de Mancisor.

Lectura de poesías

A continuación, el joven poeta mexicano Octavio Paz, lee, unas poesías, de las que es autor, en que se canta con profundo sentido poético el dramatismo de la lucha que está librando el pueblo español por su independencia.

Intervención de Alvarez del Vayo

Por último, el señor Alvarez del Vayo pronuncia las siguientes palabras:

«Camaradas: Unas palabras, mezcladas y llenas de simpatía, para contestar a las de nuestros amigos mexicanos.

La otra tarde exponía yo cuáles eran los motivos verdaderos de la admirable y ejemplar ayuda del pueblo de la Unión Soviética a la causa de España. Entre los aliados naturales del primer momento, tenía que estar, con la Unión Soviética, el pueblo de México.

Yo llegué a México en las primeras semanas, después de la proclamación de la República. Me encontré un pueblo que, a pesar de la distancia, había unido sus inquietudes, su preocupación y su entusiasmo, al proceso ascendente de la República española. El día de la proclamación de la República se desbordó en entusiasmo popular; en las calles de la ciudad de México y en las últimas aldeas, donde el campesinado revolucionario está unido al pueblo español, no sólo por afinidad de raza, sino por una afinidad de anhelos y de aspiraciones, se seguía con un fervor no disminuido la suerte de la España republicana. El 10 de agosto del año 32, cuando tuvo lugar el primer anticipo de la criminal rebelión militar, yo recuerdo aquel día en que la noticia de un levantamiento contra nuestra labor y nuestro régimen corta y suspende instantáneamente toda la actividad de la población de México. En derredor de la Embajada de España se concentra, durante doce horas, la atención de todo el mundo. En las oficinas, en los despachos ministeriales, en las fábricas, se está pendiente al minuto de las noticias que llegan de España.

Es uno de los errores más extraordinarios e insensatos de la vieja monarquía española no haber sabido aprovechar esta constante actitud de amistad y de identificación verdadera con el verdadero pueblo español. México se consideraba, bajo la monarquía, incluso en el orden diplomático, un puesto de castigo. A México eran solamente enviados por los gobiernos monárquicos los diplomáticos más incapaces, o aquellos que tenían sobre sí alguna culpa, que podía ser olvidada en la lejanía.

Y, en cambio, había un pueblo, el más español de América, con una fiebre y una emoción revolucionaria sin igual, que esperaba únicamente oír la verdadera voz del pueblo español. No era sólo la capital: durante dos años yo recorrí, de punta a punta, el territorio mexicano. Yo me encontré con españoles olvida-

dos, algunos que llevaba cuarenta años sin haber oído directamente la voz de la España oficial, a los que nadie se aproximaba, que no sabían siquiera articular una palabra al estrechar la mano del Embajador de la República; yo me encontré en los últimos rincones de México a aquellas masas de campesinos admirables, pendientes de la discusión, del análisis de los distintos aspectos de la situación española.

En toda la historia revolucionaria de México, desde la iniciación romántica del levantamiento de Madero, a la epopeya de tantos años, en que, en lucha contra todos, en una situación internacional adversa por parte de los elementos dirigentes gubernamentales de otros países, que en muchos aspectos se parece también a la nuestra, a lo largo de todo ese esfuerzo del pueblo mexicano por levantarse y superarse, se encuentran siempre españoles que, dentro de la distancia, separados del territorio, no pudiendo luchar aquí, habiendo emigrado por las persecuciones reaccionarias, unen todo su fervor, su esfuerzo, su heroísmo y su consejo, a la causa de la revolución mexicana.

No es sólo el pueblo de México: son sus dirigentes. Sobre la placidez inolvidable del famoso lago, en el panorama maravilloso de Yucatán, cuyo gobernador entonces era el actual presidente Cárdenas, yo he pasado, a su lado días y días hablando, sobre todo de las cosas de España.

La actitud ejemplar del Presidente Cárdenas no puede ser una sorpresa. Amigo de España y amigo del

pueblo, el jefe del Estado que, en los momentos actuales está constantemente en contacto con su pueblo, metido en el corazón mismo de los valles y las aldeas, en su casa presidencial, recibiendo, desde las cuatro de la mañana, las masas campesinas que se acercan a hablar con él, tenía que coincidir, con su pueblo, con las aspiraciones revolucionarias de nuestra España.

Este es el fervor que siente México. El 19 de julio, yo, que conozco al pueblo mexicano, sé que no tuvo más que una sola amargura: la amargura del alejamiento. Han tratado de vencerlo, individualmente, escapando incluso a la vigilancia policiaca, para venir, como polizones sobre barcos mexicanos, hombres que no podían contentarse con seguir nuestra lucha desde lejos.

Si la distancia no existiese, si México estuviese cerca, vosotros veríais desbordarse la masa heroica de aquellos combatientes mexicanos para mezclarse con los nuestros, en la primera línea de nuestras trincheras.

Vanguardia gloriosa de España, y hoy de la España revolucionaria, sobre el horizonte y el continente americano; intérprete del deseo de las multitudes en muchos países de América, donde las actitudes oficiales no corresponden al sentir, al latir de las muchedumbres: pueblo de México, hermano nuestro. Nosotros os prometemos corresponder a vuestra adhesión y a vuestro esfuerzo con el mejor regalo que de nosotros podéis pedir: con el regalo de la victoria. Y el día en que las unidades del gran Ejército popular revolucionario, vencedores del fascismo, desfilen por las calles de España totalmente conquistada, llevando entre sus laureles el honor incommensurable de haber sido Europa el primer país que hace morder al fascismo la tierra, nosotros sabemos qué habrá, del otro lado del mar, un gran desfile popular y clamoroso: el de las multitudes mejicanas.

Os saludamos desde aquí, en nombre de España.

Después de la intervención del señor Alvarez del Vayo, la Orquesta Sinfónica de Valencia interpreta «La Internacional» y el «Himno de Riego», y el público, que llena el salón, prorrumpen en vivas a México, a la República y a la solidaridad internacional.

Por último, algunos miembros de la Delegación mejicana cantan el himno de su país, que es acogido con prolongados aplausos.

Estratagema fascista

LONDRES, 14. — El diario «New Chronicle» publica la siguiente noticia:

«Los fascistas utilizan en Bilbao una nueva estrategia para descubrir a los elementos hostiles al general Franco. Al terminar las sesiones de cine, con todas las luces apagadas, se proyecta sobre la pantalla la imagen del general Franco. Súbitamente se encienden todas las luces, con objeto de descubrir cuáles asistentes no se han puesto de pie y alzan el brazo.» — A. F.

Nota del Ministerio de Defensa Nacional

En la isla de Menorca es derribado un trimotor italiano, parte de cuya tripulación perece carbonizada

A una de las ametralladoras se le recogió un tambor con balas explosivas

A las dos y treinta de la madrugada del día 14, uno de los aviones italianos que, en gran número, realizan frecuentes ataques contra la isla de Menorca, entró en barrena, cayendo en un estanque de la isla. Perecieron, carbonizados, cuatro de sus tripulantes, y fueron hechos prisioneros los otros dos, todos ellos de nacionalidad italiana.

El aparato es un trimotor modernísimo.

De una de las ametralladoras se recogió un tambor con balas explosivas.